

LA MELANCOLÍA EN EL ESPEJO DE LA FILOSOFÍA

PARA UNA HISTORIA DE LA REFLEXIÓN SOBRE EL DOLOR DE VIVIR

ANTONIO FERNÁNDEZ GALLARDO

LA MELANCOLÍA EN EL ESPEJO
DE LA FILOSOFÍA

PARA UNA HISTORIA DE LA REFLEXIÓN
SOBRE EL DOLOR DE VIVIR



GRANADA
2026

COLECCIÓN FILOSOFÍA Y PENSAMIENTO
SERIE ENSAYOS

Dirección

LUIS SÁEZ RUEDA, ÓSCAR BARROSO FERNÁNDEZ Y JAVIER DE LA HIGUERA ESPÍN

Comité científico

LUIS ARENAS LLOPIS (U. Valencia)
REMEDIOS ÁVILA CRESPO (U. de Granada)
MARÍA EUGENIA BORSANI (U.N. de Comahue. Neuquén, Argentina)
ANTONIO CAMPILLO MESEGUER (U. de Murcia)
GERMÁN CANO CUENCA (U. Complutense de Madrid)
ANDRÉS COVARRUBIAS CORREA (U. Católica de Chile)
MANUEL CRUZ RODRÍGUEZ (U. de Barcelona)
MARINA GARCÉS MASCAREÑAS (U. de Girona)
MARÍA JOSÉ GUERRA PALMERO (U. de La Laguna)

ALAIN JUGNON (Lycée Lamartine de Mâcon. Francia)
JOHANNES KABATEK (U. Zürich, Suiza)
DELIA MANZANERO FERNÁNDEZ (U. Rey Juan Carlos)
FERNANDO MARTÍNEZ MANRIQUE (U. de Granada)
ARMANDO MASCOLO (ISPF-CNR. Nápoles)
PAULINA RIVERO WEBER (UNAM, México)
CARMEN RODRÍGUEZ MARTÍN (U. de Granada)
JOHANNES ROHBECK (U. de Dresden, Alemania)



© ANTONIO FERNÁNDEZ GALLARDO

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-7744-4 • Depósito legal: Gr./652-2026

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Telf.: 958 243930-246220

<https://editorial.ugr.es/>

Fotocomposición: Raquel L. Serrano / Atticus Ediciones

Diseño de cubierta: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones. Granada.

Imprime: Podiprint. Antequera. Málaga

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. LA NATURALEZA DE LAS PASIONES Y LA MELANCOLÍA COMO PASIÓN FILOSÓFICA	23
1. La vulnerabilidad del ser humano	25
2. La repercusión del precepto delfico	37
3. El problemático universo de las pasiones	45
3.1. La confusión terminológica, las múltiples clasificaciones y los prejuicios que dificultan la comprensión de las pasiones	46
a) La falsa dicotomía razón / pasión.	49
b) La devaluación de lo corporal	52
c) La oposición entre las pasiones y la libertad.	54
3.2. Las pasiones como objeto de estudio privilegiado de la filosofía.	55
a) La verdad de las mentiras.	56
b) La importancia del deseo.	59
3.3. La melancolía	69
II. ESBOZO DE UNA HISTORIA FILOSÓFICA DE LA MELANCOLÍA	81
4. Las dificultades para definir la melancolía	83
5. La protohistoria del concepto.	86
6. La Antigüedad	94
7. La Edad Media	108
8. Renacimiento y Barroco.	118
8.1. La revolución copernicana y la premonición de Pascal . .	120
8.2. Marsilio Ficino y el redescubrimiento del <i>Problema XXX</i> .	123
8.3. La huella de la melancolía en los inicios de la Modernidad: Cervantes, Descartes y Montaigne	126
8.4. La proliferación de obras dedicadas a la melancolía . . .	135

9. El Romanticismo	146
9.1. La impronta de la melancolía en Kant	148
9.2. El alma del romántico	161
10. La aportación freudiana	169
III. ANTÍDOTOS DE LA MELANCOLÍA	177
11. El suicidio.	179
12. De la sabiduría de Sileno al pesimismo de Schopenhauer . .	184
12.1. La sabiduría de Sileno	185
12.2. El pesimismo de Schopenhauer	189
13. La filosofía spinozista y el <i>stilleven</i> como antídotos contra la melancolía.	197
14. La sabiduría trágica o cómo combatir el pesimismo y la me- lancolía	207
A MODO DE CONCLUSIÓN.	223
AGRADECIMIENTOS	237

INTRODUCCIÓN

Somos y siempre seremos vagabundos en el mundo y en nuestra propia vida. Ese estado de indigencia alimenta nuestra melancolía, pero también nuestra esperanza de llegar algún día a casa.

J. J. HERMSEN

No hace tanto solo era posible leer el periódico en papel. Cuando la abrumadora presencia de las pantallas invadió nuestras vidas y comenzó a ganar la batalla, algunos nos resistimos, nos negamos a claudicar pese a que cada vez los ejemplares impresos eran más y más escuálidos. Aunque a muchos jóvenes les pueda resultar extraño, algo casi tan anacrónico como esperar impacientemente al cartero cuando todavía la correspondencia era una de las formas de comunicación más hermosas, hubo un tiempo en que comprar la prensa, sentir su tacto, demorarse en su lectura mientras desayunábamos, constituía un auténtico festín. Un pequeño placer asociado sobre todo a los fines de semana, a ese breve intervalo que nos permite escapar de nuestras rutinas diarias. Qué agradable es despertarse sin el estridente sonido del despertador y, desoyendo el reloj biológico que regula nuestro descanso, remolonear unos instantes en la cama antes de salir a la calle a comprar el diario. Cómo reconforta levantarse con ese horizonte de libertad, disponerse a comenzar el día con un buen desayuno. No hay ninguno que se precie sin café, sin un buen artículo, una buena crónica que ofrezca un apetitoso bocado más allá de la tostada. El ritual estaría incompleto si al aromático olor del café no le acompañase el de la tinta del periódico, tinta cuya huella se hace visible en los dedos después de sostener durante horas gruesos ejemplares con suplementos que a veces alcanzaban el centenar de páginas. Un ceremonial sosegado en

el que uno perdía fácilmente la noción del tiempo enfrascado en lo que se antojaba una labor minuciosa, seleccionando con esmero qué merecía una lectura detenida o cuándo pasar página apenas leído el titular. A veces uno se ensimismaba en asuntos sin aparente interés pero que recababan nuestra atención gracias a la maestría de plumas ilustres. Hubo un tiempo, que se antoja ya lejano, en el que existían todavía corresponsales que informaban de asuntos variopintos que, de otra forma, pasaban completamente desapercibidos.

No fue un sábado cuando leí aquel artículo de Octavi Martí, crítico que durante casi dos décadas ejerció como corresponsal de *El País* en Francia. Era lunes, lo sé porque conservo la fotocopia que me hizo el conserje del centro en el que trabajábamos. En aquellos años, y hasta no hace mucho, la prensa llegaba puntualmente a los centros educativos. Corría el cálido otoño del 2005 cuando el periodista informaba de una exposición dedicada a la melancolía que se celebraba en el Grand Palais de París. Me acuerdo que vivía solo en Fuengirola, en un minúsculo estudio ubicado en una de esas gigantescas urbanizaciones que cobran un aire fantasmal cuando finaliza el estío. En esa atmósfera de tranquilidad disponía de todas las tardes para preparar parsimoniosamente las clases, para disfrutar igualmente, cuando la habitual bonanza del clima lo permitía, de largas caminatas por el paseo marítimo. Posiblemente la soledad, acaso también mi propio temperamento, me llevó a releer varias veces aquella página ilustrada con reproducciones de diversos lienzos que reflejan el gesto característico del melancólico: la mirada ausente, la cabeza ligeramente reclinada, la mano en la mejilla, el lenguaje corporal, en definitiva, de una pasión asociada a la introspección que ocupa un lugar privilegiado en nuestro acervo cultural. Recuerdo haber usado aquel texto con diversos grupos de bachillerato cuestionando qué es lo que lleva a determinadas personas a no sentirse a gusto en el mundo, a no encontrar su lugar en él. En esas sesiones propedéuticas invito siempre a mi alumnado a perder el miedo a una materia nueva para ellos, a dialogar sobre qué creen que es la filosofía, para qué sirve y en qué sentido afirma Safranski que la filosofía no es otra cosa que la añoranza de llegar a casa. Después de aquellas clases conservé la fotocopia junto a los innumerables recortes

de periódico que he ido acumulando a lo largo de los años no sé muy bien para qué. Por aquel entonces no podía sospechar que precisamente en esa crónica de Martí hallaría el germen de lo que, años después, me llevaría a realizar el trabajo con el que finalicé el Máster de Filosofía Teórica y Práctica que cursé en la UNED: *Melancolía. Dulcedumbre y pesadumbre*. Por razones que no vienen al caso, no proseguí mis investigaciones en aquel momento pero posteriormente quiso la fortuna que un feliz reencuentro me hiciesen retomar aquellas indagaciones.

La bibliografía sobre la melancolía es tan amplia, tan copioso el material significativo y tantas las diversas perspectivas posibles para su abordaje, que cualquiera se sentiría abrumado ante semejante panorama: resulta harto problemático escoger un enfoque desde el que aproximarse a ella. Siendo una cuestión que concierne a la medicina, la psicología, la teología, la antropología, las bellas artes, la literatura y la filosofía, existe el peligro de perderse en la ingente masa de documentos. Sería pretencioso por nuestra parte ambicionar esclarecer en estas páginas aquello que ni la extraordinaria sabiduría de Burton, ni la agudeza psicológica de Freud lograron desvelar. Nuestra tentativa, parcial e incompleta, pretende aproximarse a la melancolía como pasión filosófica. Aunque sea en el terreno del arte donde más profusamente se despliega la melancolía, nosotros pretendemos analizarla en el espejo de la filosofía. Sin desdeñar ese territorio que Bodei concibe como *atopia*¹, pretendemos mostrar cuán

1. En una obra que no me atrevería a calificar de menor, *La vida de las cosas*, Bodei se refiere al territorio de la fantasía artística como *atopia* en los siguientes términos: «lugar inclasificable, irreducible al espacio de la *res extensa*, que no pertenece al dominio de la realidad absoluta ni a aquel —que es su opuesto especular— de la utopía, de lo no-existente por definición» (R. Bodei, *La vida de las cosas*, traducción de H. Cardoso, Amorrortu, Madrid, 2013, p. 120). Sobre dicha noción remito al lector interesado a las páginas 116-118 de un trabajo posterior, *Imaginar otras vidas*, donde plantea que «sería interesante configurar la literatura como un lugar eminentemente heterópico y heterocrónico, una ficción que me sitúa mejor en la realidad pasando a través de la superficie de la irrealidad, y me sitúa en el tiempo a través de la ausencia de tiempo (o, tal vez, a través de otro espacio y otro tiempo)» (cf. R. Bodei, *Imaginar otras vidas. Realidades, proyectos y deseos*, traducción de M. Pons, Herder, Barcelona, 2014, p. 143).

decisiva ha sido dicha pasión para una tarea que, en palabras de Reguera, supone aceptar el desafío de lo desmesurado, el pensar de la totalidad que es la filosofía. Puerto obligatorio para quienes se aventuren en la navegación por las profundidades de la filosofía según Hume, principio mismo de la filosofía para Žizek, la melancolía, ligada al deseo, al tiempo y la muerte, constituye el núcleo de la subjetividad y revela la profunda insatisfacción que anida en un corazón humano siempre presto a la inquietud. Una insatisfacción consustancial a tan extraña criatura, que le acompaña como una sombra, que le impide contentarse con aquello que le ha tocado en suerte. Animales singulares dotados de conciencia, ese insondable misterio que nos distingue abre una brecha, nos separa de la naturaleza, se afana por la búsqueda de sentido, signa nuestra extranjería, nuestro irremediable exilio. Por más que el lenguaje pretenda familiarizarnos con el mundo, las cosas y las palabras que las designan parecen destinadas a una diferencia irreconciliable.

Si toda reflexión marca una distancia, supone una pérdida, la reflexión filosófica se antoja imposible sin la melancolía, sin esa afección que testimonia nuestra armonía perdida, nuestra disconformidad, el sentimiento de insuficiencia respecto al mundo. Creemos plausible pensar que los seres humanos experimentaron dicha pasión miles de años antes de que recibiese su problemática denominación, antes de que el término que la designa se incorporase al habla coloquial y comenzase a ser tematizada por la cultura griega, quizás cuando el ser humano tomó plena conciencia de su condición mortal, cuando empezaron a cultivarse las ceremonias del adiós, los ritos fúnebres que daban sepultura a los difuntos junto con diversos objetos que, a diferencia de los humanos, sí resistían al paso del tiempo. A dicha cuestión nos hemos referido en un breve apartado dedicado a la protohistoria del concepto. Sorprende que todas las obras de referencia que versan sobre la melancolía comiencen sus análisis en Grecia, eludiendo hablar de épocas anteriores. En cualquier caso, sea como fuere, la historia de tan problemático concepto comienza con una serie de textos que aparecen en la literatura, la medicina y la filosofía griegas. Desde entonces hasta nuestros días, ninguna otra afección del alma ha impregnado el pensamiento como el mal de Saturno, ninguna otra predispone como

ella a una práctica, la filosófica, que requiere una absoluta soledad, que implica una retirada del mundo, de la vida en común. Empresa quijotesca donde las haya, la actividad filosófica afronta la desproporción entre la limitación de nuestras facultades y la complejidad del mundo. La filosofía constituye una aspiración, un deseo condenado a no encontrar jamás plena satisfacción pues se asemeja a la labor de Penélope. Parecemos condenados a rumiar determinadas preguntas, a plantear los mismos problemas sin que nos sea posible encontrar soluciones definitivas ante justamente aquello que más nos incumbe y cuya utilidad, como apunta Hume en la introducción del *Tratado*, sería muy superior al de cualquier otra ciencia.

Tampoco nosotros las aportamos: comprender plenamente el fenómeno de la melancolía supondría desentrañar los misterios inherentes a la naturaleza humana, desvelar cuestiones ineludibles que la metafísica lleva planteando de forma reiterada desde hace siglos: quiénes somos, qué sentido tiene la existencia humana, cómo afrontar el sufrimiento sin desesperar ante los embates de la vida. Quizá cuestiones como la identidad o el sentido no estén muy presentes en la vida cotidiana de muchas personas que viven sin apenas tiempo para examinar su propia vida. No ocurre igual con el problema del sufrimiento, experiencia universal a la que nadie es ajeno. La experiencia del dolor no resulta fácil de describir, escapa a cualquier tentativa reduccionista, a todo planteamiento que la considere un mero dato fisiológico. Bruckner ha destacado la prudencia cristiana, que nunca prometió erradicar el mal en esta tierra, frente a la insensata creencia moderna que ha alentado la vana esperanza de que la desaparición de las calamidades es cuestión de tiempo. No sin razón sostuvo Nietzsche que el hombre moderno había encontrado en la confianza en la ciencia uno de los diversos sustitutos de la fe religiosa. Deslumbrados por el fulgor de un progreso que embriaga al ser humano hasta el delirio de omnipotencia, confiados en que los avances de la todopoderosa ciencia lograrían aliviar o eliminar directamente ciertos males, habíamos olvidado hasta qué punto somos frágiles, vulnerables. Pero ya Cervantes advirtió que la disposición del cielo, con causas a nosotros secretas, ordena y dispone las cosas de

la tierra. El coronavirus hizo que nos enfrentásemos a una situación insólita, a una pandemia mundial de dimensiones bíblicas que vino a recordarnos nuestra debilidad constitutiva, nuestra impotencia desdibujada por la ilimitada soberbia humana. Como privilegiados habitantes que olvidan su condición de meros huéspedes, nos creíamos inmunes, ajenos a lo que sucede en otros extremos del planeta. Vivíamos, y mucho me temo —frente a quienes sostuvieron que esa crisis nos haría mejores— que lo seguimos haciendo, desmemoriados, haciendo oídos sordos a quienes, como Pascal, subrayaron hasta la saciedad nuestra insignificancia. ¿Quiénes recordaban, cuando el covid-19 detuvo nuestras vidas, aquella peste que diezmo la población? Qué remoto el tiempo en el que los seres humanos sentían cotidianamente la cercanía de la enfermedad y una muerte magistralmente evocada por quienes hicieron de su triunfo auténticas obras de arte, cuando la pintura representaba a multitud de santos junto a calaveras que hacían de ellos «Hamlets» cristianizados, según la expresión de Cossío. Entonces, a diferencia de lo que sucede ahora, la religión ofrecía un sentido al sufrimiento humano. En nuestros días, desaparecidos los grandes referentes de sentido, ninguna *mathesis universalis* —señala J. Clair— puede ya reordenar y reunir los *disjecta membra* de lo real. Sumidos en una sociedad sin rumbo, caracterizada tanto por un individualismo como por un hedonismo —que no es más que miedo al dolor según Nietzsche— que fomenta la idea de que todo problema tiene una solución, se extiende como una marea la opinión de que todo dolor es inútil y hasta la tristeza se medicaliza: con la farmacología disponible nadie tiene por qué sentirse mohíno.

Sin embargo, ni todos los problemas tienen solución ni el dolor es siempre estéril. La filosofía occidental, dominada por un racionalismo que pretendió ya desde Platón someter a las pasiones —«cánceres de la razón pura práctica», según la célebre expresión kantiana—, no logra jamás desalojar por completo a una melancolía que afectará a pensadores de todas las épocas. Dedicada a procurarnos una vida buena, una vida feliz, la filosofía lucha por combatir y erradicar la melancolía. Entronizando a la razón, elaboró diferentes estrategias para no sucumbir a esa tristeza profunda, propuso diversas terapias para combatir los

múltiples rostros de ese dolor ancestral. En efecto, existe una larga tradición que defiende que la primera y acaso más importante tarea de la filosofía sea atemperar dicho dolor.

A partir de ahí, fui formulando mi hipótesis de trabajo: que la melancolía es una condición de posibilidad de la filosofía misma, que constituye su tonalidad, que la acompaña como un «temple anímico» y que, por tanto, las cuestiones metafísicas solo pueden nacer, como sostiene Heidegger, de esa afección fundamental. Se trata, pues, de un problema al que la filosofía no puede renunciar. Pasión ambivalente, la melancolía puede conducir al sujeto humano a la desesperación, incluso al suicidio, pero también brinda una oportunidad para profundizar en la reflexión filosófica de la existencia humana.

De acuerdo con lo expuesto, nuestro estudio se estructura en tres partes. En la primera pretendemos mostrar por qué las tradicionalmente denominadas pasiones del alma constituyen un problema filosófico de primer orden y son objeto de estudio irrenunciable para una disciplina, la filosofía, que es inconcebible sin la melancolía. En la segunda, realizamos un recorrido histórico-sistemático que revela cómo la melancolía impulsa la reflexión filosófica y desempeña un papel fundamental en la construcción de la subjetividad desde los griegos hasta nuestros días. Finalmente, en la tercera parte, tras reflexionar sobre cómo los aspectos más sombríos de la melancolía pueden conducir al suicidio, abordamos cómo tanto la filosofía de Spinoza como la sabiduría trágica nietzscheana pretenden ofrecer eficaces antídotos para convivir fructíferamente con esta pasión milenaria.

La primera parte consta de tres capítulos. El primero, «La vulnerabilidad del ser humano», evidencia la fragilidad y el desvalimiento de los seres humanos, animales peculiares que, conscientes de su finitud e imperfección, atravesados por el deseo, no logran escapar al dolor. El dolor, que tanto más insoportable nos resulta cuanto más parece desprovisto de sentido, nos recuerda nuestra condición humana. Precisamente porque nadie alcanza el final de sus días sin haber padecido los zarpazos de la desdicha, sin lidiar con la infelicidad, es lógico que ya en los albores de la cultura occidental encontremos variadas reflexiones acerca de cómo combatir el sufrimiento humano.